

Cortés la proposicion, pues la política le aconsejaba no romper con el soberano azteca, cuya conducta tímida y vacilante le habia dado los mas brillantes resultados.

Moctezuma se estremeció interiormente al escuchar de su embajador la amenaza de Cortés en caso de haber sido el autor de la conspiracion de Cholula. La noticia de la catástrofe sufrida por los habitantes de la ciudad santa le habia llenado de terror. La confianza que habia abrigado de que el poder de sus dioses pondria término al avance de los temibles extranjeros, habia desaparecido. Nada tenia ya que esperar. La fidelidad prometida por los choluleses, la alianza con los tlaxcaltecas, huexotzincos y totonacos, las ofertas de los caciques de las ciudades próximas y las embajadas enviadas al caudillo español por el hermano del rey de Texcoco, le hacian ver su trono oscilando y próximo á hundirse, como una ligera barca combatida por las amontonadas olas del Océano. El desventurado emperador azteca volvió á consultar con el oráculo de sus falsas divinidades: los altares humearon con la sangre de inocentes víctimas, á fin de que el númen de la guerra Huitzilopochtli indicase su voluntad; hizo terribles penitencias, y sin embargo, no encontró consuelo á su inquietud.

Después de algunas horas de irresolucion y de duda, determinó enviar una embajada á Cortés, con ricos presentes, negando haber tenido parte en la trama urdida en Cholula.

El presente enviado por el monarca azteca era de bastante importancia. Consistia en diez piezas de oro que ascendian á cinco mil duros, mil quinientos vestidos de telas de fino algodón, bellos mosaicos de plumas y gran canti-

dad de víveres. Los embajadores dieron las gracias al caudillo español en nombre de su soberano, por el castigo aplicado á los pérfidos choluleses que habian faltado á la hospitalidad que les habia recomendado; dijeron que aunque la guarnicion habia sido mejicana, se habia movido sin tener permiso para ello, á instigacion de los caciques de la ciudad, como lo habian hecho los escuadrones que se aproximaron á la poblacion, compuestos de acatecuines, aliados de los choluleses, que, aunque vasallos de la corona de Méjico, habian obrado sin orden de su monarca. El emperador aseguraba tambien á Cortés de la firmeza de su amistad, la cual tendria el gusto de manifestársela mas adelante con sus obras. Le suplicaba que desistiese de pasar á la capital, porque la esterilidad del país era extrema; y terminaba ofreciéndole enviar todo lo que pudiese al sitio que le señalase.

La conducta del pusilánime Moctezuma forma contraste con la de la guerrera y valiente nacion mejicana que gobernaba, y que, como veremos mas tarde, llevó su valor en defensa de la patria hasta el mas alto grado de heroismo. Da sentimiento ver al jefe de un pueblo, celoso de su dignidad y de su gloria, acusar de perfidia á los que, alentados de noble ardor patrio se habian lanzado al combate, y felicitar al general contrario por su triunfo, dándole las gracias por el castigo ejecutado en ellos.

Yo no creo en la conducta doble y falaz de que algunos historiadores acusan á Moctezuma por los acontecimientos de Cholula. Hay datos suficientes que patentizan su carácter débil, vacilante, en las determinaciones que se relacionan con la empresa de Cortés; pero no existe uno solo

suficientemente sólido que autorice á que se arroje sobre él la ofensiva acusacion de desleal á su palabra. Dominado por la supersticion, fué pusilánime; pero no infame. No hay derecho para creer que por orden suya se dispusiera el plan contra los españoles en Cholula, cuando protesta á Cortés, por medio de sus embajadores, haber sido completamente ajeno á la conspiracion. Debemos creer que los choluleses, animados de un noble celo patriótico, resolvieron por sí mismos destruir á los extranjeros, nodudando que, una vez alcanzado el triunfo, el soberano disimularia que hubiesen faltado á la hospitalidad que él habia ofrecido. No existe otra acusacion contra Moctezuma que la de los gobernantes de Cholula; pero ella debe tener poca fuerza para el hombre pensador, puesto que es de suponerse que, viéndose vencidos, tratarian de alcanzar la clemencia del vencedor, presentándose como obedientes á una orden del monarca. Hay mayor derecho para dudar de la acusacion de los choluleses que con ella esperaban alcanzar clemencia, que de la palabra de un soberano que, por su elevado carácter, se veia obligado á obrar lealmente. La conducta observada constantemente por Moctezuma con los españoles, manifestándose generoso, franco y cariñoso, arguyen muy alto en favor de su buena fé.

No se puede dudar que concurrieron algunas circunstancias que dan alguna apariencia de verdad á la acusacion, viniendo en apoyo de ella la respuesta dada por un poderoso feudatario de la corona de Méjico al jefe español que Cortés dejó de gobernador en la Villa Rica. Pero aquella contestacion, como á su tiempo veremos, fué dictada por el celo del feudatario que, no contra los españo-

les sino contra los totonacós, llevó las armas para obligarles á pagar el tributo al soberano.

No disculparé por esto el que Moctezuma diese las gracias á Cortés por el castigo ejecutado en los pérfidos choluleses. Pudo muy bien sincerarse, sin calificar de pérfidos á los que, llevados de su amor á la patria, trataron de vencer á los extranjeros, sosteniéndole en el trono.

Hernan Cortés, que anhelaba conservar la buena armonía que hasta entonces con el emperador de Méjico, manifestó á los embajadores que estaba plenamente convencido de la inocencia del soberano azteca. Respecto de la súplica para que no pasase á la capital, manifestó que no podia complacerle, puesto que se veia precisado á cumplir con las órdenes del rey de España. Habia resuelto ir á la corte para verle, y le aconsejaba que le recibiese de buena voluntad, para no verse en la dura necesidad de causarle algun daño.

La resolucion era inquebrantable, y parte de los embajadores se dirigieron á Méjico á poner en conocimiento de su señor el resultado de la embajada, quedándose los otros con Cortés, esperando las disposiciones de Moctezuma.

Llevaba el ejército español quince dias de hallarse en Cholula. Los habitantes de la ciudad, lo mismo que sus gobernantes, se manifestaban cada vez mas obsequiosos y hospitalarios con los castellanos. El concepto elevado que se habian formado de ellos desde que descubrieron su plan, se habia aumentado al ver las atenciones y respeto usados por el gran emperador de Méjico con Hernan Cortés.

Un incidente vino á llenar la medida del asombro de los choluleses con respecto á sus extraordinarios huéspedes.

El gigantesco volcan llamado el Popocatepetl, *monte que arroja humo*, hizo una terrible erupcion, lanzando por su ancho cráter una inmensa columna de humo y fuego que se levantaba como un fantasma á los cielos. Aquella erupcion fué acompañada de horrendos ruidos subterráneos y de fuertes temblores de tierra. El enorme volcan, la colosal montaña, sin rival en la altura entre las colosales que cuenta en su suelo la grandiosa region de Anáhuac, se levanta á la enorme altura de 17,852 piés sobre el nivel del mar, y se hallaba á distancia de ocho leguas de la ciudad de Cholula. Las mayores cumbres del continente antiguo no pueden compararse á ese titan de las montañas aztecas, que ostenta dos mil piés mas que el majestuoso Monte Blanco, que es el más elevado que se encuentra en Europa. Aunque en la época de la conquista se hallaba el Popocatepetl en continua actividad, y los indios estaban acostumbrados á escuchar sus bramidos, jamás se atrevieron á subir á su cumbre. Miraban aquel gigante de la naturaleza coronado de perpétuas nieves y arrojando espantosas llamas, cuya roja luz reverberaba sobre los blancos témpanos, como un lugar misterioso á donde no era dable subir sin ser castigado con la muerte.

Hernan Cortés, al ver elevarse la enorme columna de humo y llamas que inspiraba un misterioso terror á los choluleses, manifestó á los caciques su deseo de enviar á uno de sus capitanes á reconocer la cima del imponente volcan. Un profundo asombro se pintó en el semblante de las autoridades indias al escuchar el intento del caudillo español. Creyendo que la muerte le esperaba al castellano que acometiese la empresa, trataron de hacerle desistir de

su idea. Le dijeron que nadie de los nativos habia osado pasar de un punto poco elevado de la montaña, donde tenian algunos santuarios, porque intentar subir á la cima era renunciar á la vida. Existia una tradicion religiosa que hacia imponentes y respetables los dos volcanes vecinos, el Iztaccihuatl, ó *mujer blanca*, y el Popocatepetl. La supersticion les habia revestido con el carácter de dos poderosas divinidades, encargadas de juzgar y castigar á los hombres al abandonar el mundo. El Iztaccihuatl era semejante á la diosa Astrea, que tenia la balanza de la justicia; y el Popocatepetl, el Pluton encargado de la mansion de los réprobos. En los profundos senos de esta última montaña se agitaban, en perpétua desesperacion, los espíritus de los malos gobernantes, cuyos horrendos alaridos eran los rugidos que de fuera se escuchaban, y las llamas y el humo, el aliento impuro que exhalaban. Estas fantásticas tradiciones hacian que el pueblo mirase con terror aquellos sitios misteriosos, y que se apartase de ellos con religioso pavor mezclado de natural espanto.

En aquellos momentos en que los caciques hablaban con terror de la montaña, entró Diego de Ordaz solicitando del jefe español licencia para subir al cráter del volcan.

Hernan Cortés se alegró de la proposicion hecha por el valiente capitan. Así podia examinar de cerca el fenómeno, y hacer que tomase mayores creces la idea de que para los españoles no existian obstáculos insuperables ni cosa ninguna que les arredrase.

El caudillo castellano concedió gustoso el permiso solicitado, y poco despues salia Ordaz, acompañado de nueve de sus soldados y guiado por algunos indios que

El gigantesco volcan llamado el Popocatepetl, *monte que arroja humo*, hizo una terrible erupcion, lanzando por su ancho cráter una inmensa columna de humo y fuego que se levantaba como un fantasma á los cielos. Aquella erupcion fué acompañada de horrendos ruidos subterráneos y de fuertes temblores de tierra. El enorme volcan, la colosal montaña, sin rival en la altura entre las colosales que cuenta en su suelo la grandiosa region de Anáhuac, se levanta á la enorme altura de 17,852 piés sobre el nivel del mar, y se hallaba á distancia de ocho leguas de la ciudad de Cholula. Las mayores cumbres del continente antiguo no pueden compararse á ese titan de las montañas aztecas, que ostenta dos mil piés mas que el majestuoso Monte Blanco, que es el más elevado que se encuentra en Europa. Aunque en la época de la conquista se hallaba el Popocatepetl en continua actividad, y los indios estaban acostumbrados á escuchar sus bramidos, jamás se atrevieron á subir á su cumbre. Miraban aquel gigante de la naturaleza coronado de perpétuas nieves y arrojando espantosas llamas, cuya roja luz reverberaba sobre los blancos témpanos, como un lugar misterioso á donde no era dable subir sin ser castigado con la muerte.

Hernan Cortés, al ver elevarse la enorme columna de humo y llamas que inspiraba un misterioso terror á los choluleses, manifestó á los caciques su deseo de enviar á uno de sus capitanes á reconocer la cima del imponente volcan. Un profundo asombro se pintó en el semblante de las autoridades indias al escuchar el intento del caudillo español. Creyendo que la muerte le esperaba al castellano que acometiese la empresa, trataron de hacerle desistir de

su idea. Le dijeron que nadie de los nativos habia osado pasar de un punto poco elevado de la montaña, donde tenían algunos santuarios, porque intentar subir á la cima era renunciar á la vida. Existia una tradicion religiosa que hacia imponentes y respetables los dos volcanes vecinos, el Iztaccihuatl, ó *mujer blanca*, y el Popocatepetl. La supersticion les habia revestido con el carácter de dos poderosas divinidades, encargadas de juzgar y castigar á los hombres al abandonar el mundo. El Iztaccihuatl era semejante á la diosa Astrea, que tenia la balanza de la justicia; y el Popocatepetl, el Pluton encargado de la mansion de los réprobos. En los profundos senos de esta última montaña se agitaban, en perpétua desesperacion, los espíritus de los malos gobernantes, cuyos horrendos alaridos eran los rugidos que de fuera se escuchaban, y las llamas y el humo, el aliento impuro que exhalaban. Estas fantásticas tradiciones hacian que el pueblo mirase con terror aquellos sitios misteriosos, y que se apartase de ellos con religioso pavor mezclado de natural espanto.

En aquellos momentos en que los caciques hablaban con terror de la montaña, entró Diego de Ordaz solicitando del jefe español licencia para subir al cráter del volcan.

Hernan Cortés se alegró de la proposicion hecha por el valiente capitan. Así podia examinar de cerca el fenómeno, y hacer que tomase mayores creces la idea de que para los españoles no existian obstáculos insuperables ni cosa ninguna que les arredrase.

El caudillo castellano concedió gustoso el permiso solicitado, y poco despues salia Ordaz, acompañado de nueve de sus soldados y guiado por algunos indios que